

Diccionario (con patas)

Miguel Martínez-Lage

Traductor inglés-español. Pamplona (España)

El traductor es un bicho que pregunta. No siempre tiene el cerebro reptil, no siempre respira anfibio; no siempre, ay, es bípedo implume, y es proverbial su omnivoracidad cuando lo es de veras. Pero pregunta. A veces sin descanso. En eso es como todos y sobre todo como Duchamp, Marcel, quien muy serio, plantado ante el mingitorio, en un breve y necesario descanso entre dos movimientos no intestinales, pues en la sala contigua jugaba una partida de ajedrez con Benjamin Perès, amigo y biógrafo que fue de Henry Miller (no sería de extrañar que pariente de Domingo Perès, pese a ser uno parisino, el otro barcelonino y traductor de Conrad), soltó una pedrada memorable: «Yo no busco. Encuentro».

Las preguntas que el traductor formula no es que oscilen entre lo obvio y lo esotérico, lo banal y lo ignoto, el síntoma de Alzheimer incipiente y el *lapsus calami* (*tatis*, por Tut), la carta robada y las palabras perdidas, si es que existieron: es que son el filo mismo que cose por el dorso las dos caras de la misma hoja, que buenas cuchilladas nos asesta. Son preguntas entre cuyas rebanadas de pan tierno, untadas a menudo con tomate en rama y el mejor aceite de arbequina, encierran una rodaja deíctica que tiene sabor a enigma. ¿Cómo se llama eso que acabas de hacer?, dice a menudo a su amor cuando otro amante se desharía en lenguas el mismo y furtivo gesto. Si no, como preguntaba José Manuel de Prada a los cuatro vientos, y eso que es conocedor de miles de cosas, «¿alguien podría decirme cómo se llama ese aparato que parece una plancha doble y que ponen a los infartados para revivirlos por medio de descargas eléctricas?». No faltaron, claro está, los que con desfibrilador en mano acudieron en su auxilio. Y yo mismo he descrito con todos los pormenores un vargueño de Bargas (Toledo), a fin de que la persona interpelada me diera el nombre preciso del armario.

Quienes responden a tales interrogantes, quienes se desviven con paciencia que para sí Job quisiera, decididos a hallar en un recodo de su acervo el nombre exacto que invocaba el poeta, y consienten a quien pregunta tan galopante manía, y sacian su sed de vocablos, son los que, a falta de mejor nombre y con reverencial cariño, descartando la doblez en lo sucesivo del plural genérico, que hay que ser bastante tarugo para usarlo de continuo, llamo «diccionarios andantes (*ma non troppo*, tengan o no tengan moto)».

Muchas veces, pese al acierto, las respuestas que nos brindan no son la meta en que la búsqueda termina, sino cauces imprevistos, desvíos que arrancan donde parecía imposible que nada condujera a nada, soluciones de compromiso, avenidas por las que uno se encamina para que guíe su derrota el *viento paráclito*. Como los desencuadernados y los descosidos, los impolutos, inservibles e imprestables; como los inencontrables y los manidos, los resobados porque más remedio no queda y los que se cortocircuitan (así, los de bucle tirando a melancólico: «Filisteo: natural de Filistea»; «Filistea: tierra de los filisteos»), que por fin hacen justicia al dicho y no ocupan lugar, como los musculosos y los panfletarios, los despenseros y los de sobremesa, los sobreseídos y los magnéticos, y el de la Guardia Civil, que cerca queda del hampa y las germanías de su contrario, los diccionarios que respiran y contestan a una llamada telefónica y acuden a una cita en un café sin apenas margen de tiempo, de error, no sólo nos sacan del atolladero (o *quagmire*) con elegancia incomparable. A veces me pregunto si no serán en gran medida nuestra razón de ser.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*,
del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).